

LA NOVELA FILM

N.º 58

30 cts.



UN MARIDO DE OCASION



La Novela Film



Imp. Vda. de J. Sanjuán Vlla
Urgel. 7.-BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

Año II

N.º 58

Un marido de ocasión

(HER TEMPORARY HUSBAND, 1923)

Película de SYDNEY CHAPLIN y
F. MAC GREW WILLIS

INTERPRETACION DE


OWEN MOORE
SIDNEY CHAPLIN
y
SYLVIA BREMER

EXCLUSIVA DE
L. GAUMONT

PASEO DE GRACIA, 66

BARCELONA

Prohibida la
reproducción



Un marido de ocasión

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Una noche pasada en el quicio de un portal, predispone el cuerpo al reuma y el espíritu al pesimismo.

Bien lo sabía Honorato Judd, que era el secretario, ayuda de cámara y botones del dueño de aquella casa en cuya puerta de la calle había dormido varias noches. Mil y pico de veces había sido despedido, pero él sentía por su amo una devoción casi tan grande como la que sentía por el zumo de las uvas y sus derivados.

Tomás Burton, solterón empedernido y rico por los cuatro costados, despedía, por término medio, dos veces por semana, a su criado Honorato, lo cual no impedía que lo viniera padeciendo desde hacía cuatro años.

Aquella mañana, al aparecer su amo, Honorato le hizo nuevas protestas de fidelidad y prometiéndole enmendarse.

Es inútil—le respondió Tomás—. He sabido que ayer vino usted borracho y que hizo levantarse a todos los vecinos. No estoy dispuesto a que esto vuelva a ocurrir.

—¡Por favor, señorito, tenga compasión de mí! Tantas veces me ha despedido y luego he seguido a su servicio... ¡Le juro que no vuelvo a beber ni siquiera agua!

Es usted terrible, Honorato. Pero, en fin, probaremos una vez más...

En aquellos momentos, en el severo hogar de los Ingram se daba lectura a las últimas voluntades de la señora de la casa, fallecida recientemente.

Isabel Ingram, la heredera aparente, esperaba con ansia la confirmación de su riqueza.

Gerardo Topping, prometido de Isabel, no aguardaba con menos afán la gran noticia, por la cuenta que le tenía...

También estaba pendiente de lo que dijera el notario la señorita Carter, secretaria del Hospital de Incurables, quien había manifestado a Isabel lo que sigue:

—La Junta del Hospital confía en la promesa que hizo su tía poco antes de morir... Supongo que la digna señora no la habrá olvidado...

Y la lectura empezó.

...Como mi matrimonio me ha enseñado que una joven puede ser víctima de un cazador

de dolos, quiero evitar que esto le suceda a mi sobrina. Así, lego a Isabel Ingram toda mi fortuna...

Gerardo, el novio de la afortunada, dijo a ésta, en rápida mirada, dando muestras de satisfacción:

—¡Has oído?... ¡Eres la heredera de toda



Y la lectura empezó.

su fortuna, que no es una bicocha!

Sin embargo...

...con la condición—prosiguió el notario—de que en un plazo de veinticuatro horas a partir de la lectura de este testamento, se case con un hombre de fortuna tan grande, que aleje toda sospecha de ser un cazador de dolos.

Desencantado.

— ¡Pero si yo no tengo un céntimo! — exclamó Gerardo ante el notario. — Esa vieja... digo, esa digna señora, no pudo haber escrito semejante disparate.

— Esta es la realidad, caballero.

La señorita Cartier también se mostraba de-



— ¡Pero si yo no tengo un céntimo!

capteñada, e Isabel, dotada de buenos sentimientos, la consoló, dándole a entender que ella podía hacer lo que había olvidado su tía.

— No se apure, señorita... Ya encontraremos algún medio que me permita cumplir la promesa de la difunta.

Luego, a solas Gerardo e Isabel, ésta le dijo a aquél:

— Es necesario obtener ese dinero, no por mí, sino por la promesa hecha al Hospital... ¡Es una deuda de honor!

A lo que Gerardo contestó, disponiéndose a marchar:

— Eso requiere una serena reflexión. Ideo algunos proyectos, yo imaginaré otros y los discutiremos a la hora del almuerzo.

A mediodía, los prometidos se reunían en un *restaurant de moda*.

Ante ese mismo *restaurant* se detuvo el automóvil de Tomás, guiado por Honorato.

El primero entró en el establecimiento, y se sentó a una mesa en que había un amigo suyo.

Honorato, que también tenía conocidos, saludaba, con un *cheuffeur*, a guisa de aperitivo, un licor de los más prohibidos.

En tanto, Tomás se enteraba del motivo de la preocupación de su amigo.

— ¡Que por qué estoy serio? Tengo motivos para estarlo, Tomás... porque voy a casarme.

— ¡Tú no estás bueno de la cabeza! — le objetó. — Ningún hombre con dos dedos de frente hace la barbaridad de casarse.

— Todos decimos lo mismo, pero...

— Todos acabamos por casarnos, es verdad. No creo que yo quede para vestir santos, pero me casaré sin pensarlo... Entre un millón descubriré a mi novia, y sin hablar, sin razonar,

me iré con ella de cabeza a la vicaría. Eso de las relaciones me irrita en extremo. Uno da la lata por espacio de mucho tiempo a sus futuros suegros, y éstos se la dan igualmente a uno. ¡Horrible, eh! ¡horrible!

En un ángulo del *restaurant*, Isabel y Gerardo hablaban de lo suyo.

—Quizás encontremos algún viejo moribundo que se preste a soportar la ceremonia de la boda, propuso Gerardo.

—¿Cómo? ¡Eso es imposible! ¡Tú estarías conforme en que me casara con otro? ¡Y éste otro, dónde lo encontraríamos!

—¿No tiene un gran interés en esa boda el Hospital de Incurables? Pues la Dirección se apresurará a facilitarnos el hombre que necesitamos.

No está mal pensado. Se puede intentar esa combinación. Si el Hospital dispone de un marido como el que nos interesa, y él comprende bien nuestra situación, me casaré.

Después de esto, Isabel y Gerardo bailaron un poco.

Durante un descanso, Tomás miró en dirección a la mesa ocupada por aquéllos, y, al ver a Isabel, dijo con la mayor alegría:

—¡Allí está! ¡Ella!

—¿Quién?

—Esa, esa es la mujer que va a ser mi esposa!

—¿Eso es correr, Tomás!

—Yo soy así! ¡Mírala qué guapa es!

—Va acompañada...

—¡No importa!

—Tal vez ese sea su marido.

—Me da el corazón que esa joven es soltera. Nada, nada; yo me caso con ella. ¡Qué criatura más divina!

No creo en el amor de primera impresión... Eso está bien para las novelas, pero



—Tu precipitación me sorprende, Tomás. ¿Sabes siquiera quién es esa señorita?

no para la vida.

Isabel y Gerardo volvieron a bailar.

Tomás la contempló con deleite, y su amigo, tomando el asunto más a lo serio que al principio, preguntó al volcánico enamorado:

—Tu precipitación me sorprende, Tomás...
¿Sabes siquiera quién es esa señorita?

—No lo sé, pero no tardaré en saberlo.
Cuando ella se marche, yo la sigo... y ya está.

—Te deseo mucha suerte... y que no te resulte la venus casada...

• • •

Tomás salió del *restaurant* detrás de Isabel, que se separó a la puerta de Gerardo, para volver a encontrarse media hora después en el Hospital, a donde ella se dirigió en el acto en su automóvil.

Honorato, a quien el licor habíale subido de los pies a la cabeza, se apoderó del volante del coche de su amo, haciendo alarde de mucho celo, y al conocer la dirección que debía tomar, o sea, perseguir el "auto" de Isabel, tuvo una idea digna de su mente.

—Voy a ver si la alcanzámos por un camino más corto, señor. Los policías son mis amigos.

—Bueno; ve por donde quieras, pero corre.

—No tema el señor...

Lo que pasó, acortando camino, fué que Tomás perdió la pista de la mujer que debía ser su esposa.

Era de prever.

Nada menos que a Honorato se le ocurrió pensar que el "auto" de su amo podía servir como tanque en aquella ocasión en que el amor andaba en juego, y lo lanzó en una calle cuyo suelo estaba casi totalmente levantado por causa de unas obras.

Tomás no vió la imposibilidad de salir de aquel apuro rápidamente, hasta que Honorato le hubo metido en aquel verdadero paso de tortuga marcada.

Entonces fué cuando se le vió la cola a la merluza de Honorato.

Tomás echaba fuego por los ojos y la boca, quemando a su criado como se merecía.

Además, un policía, que, al decir de Honorato, era su amigo, avisó a Tomás que se le impondría una multa.

Harto ya de soportar las calamidades que

hacía continuamente Honorato. Tomás le anunció el despido inmediato e irrevocable.

—Está visto que usted no tiene enmienda... ¡Por última vez, queda usted despedido!

—¡Imposible, señor! Yo le tengo demasiada cariño para separarme de usted.

—¡No me eche usted el aliento, o le meto de cabeza en una cloaca!

—¡Pero, señor, si yo no he bebido!

—¡Vamos, hombre! Encima quiere usted tomarme el pelo. ¡Pues no, ea! ¡Esto se acabó! Puesto que usted no quiere por las buenas, será por las malas. Lo llevaré al Director del Hospital de Incurables. Dicho señor me lo recomendó a mí... ahora yo lo voy a "recomendar" a él.

—¡Señorito, no sea usted malo!

—¡Basta!

En el Hospital de Incurables se hallaba un tal Juan Morgan, quien en un momento de desesperación se había metido en manos de médicos.

A poco de estar en dicho hospital, ese enfermo sentía que su vida se iba acabando...

Temiendo que el día menos pensado no se levantase más, tomó sus precauciones para dejar las cosas en regla.

Mandó llamar al doctor Halden, director del hospital, y a Conrado Jasper, secretario del enfermo, que aspiraba a ser en breve su tesorero, para leerles su testamento por el cual instituía heredero de todos sus bienes a un sobrino suyo.

Conrado no volvía de su asombro. Ese sobrino lo "reventaba".

Pero otra cláusula le dió esperanzas.

Si ese niño de mi difunta hermana no es encontrado antes de mi muerte, toda mi fortuna pasará a manos de mi secretario Conrado Jasper.

El doctor y el feliz heredero condicional firmaron el testamento, y tras esta quedaron solos el enfermo y su secretario.

Morgan, observando la alegría de Conrado, le habló así:

—No se crea usted ya en posesión de mi dinero, Jasper. No verá un solo dólar si mi sobrino aparece.

—Lo que yo deseo, señor, es que usted viva muchos años. Y, a propósito de su sobrino, he de decirle, señor, que ya sabe usted que los mejores detectives de la ciudad han intervenido en este asunto sin el menor resultado... No habrá más remedio que renunciar.

—¡Los detectives no sirven para nada! Voy a poner un anuncio en todos los periódicos, y ya verá si el muchacho aparece.

—¡Un anuncio? ¡Espere usted... haga el favor de esperar! Precisamente hoy tiene que informarme uno de los detectives.

—Venga a comunicarme en seguida lo que este agente haya averiguado.

Conrado, dispuesto a evitar a toda costa que Morgan pusiera el anuncio en los periódicos, decidió asegurarse la herencia del viejo por medio de un pacto con alguien que qui-

siera aceptar el papel de sobrino del enfermo, con un sueldo diario.

¿A quién dirigirse?

En ello estaba pensando Conrado, por la calle, cuando vió a varios sujetos de aspecto dudoso.

Espió.

El jefe de aquellos individuos era Héctor Wamming, tabernero y ladrón, lo cual no le impedía poseer por arrobas la más delicada urbanidad.

—Vosotros todo lo hacéis brutalmente, y así no se va a ninguna parte... Sobre todo, educación, mucha educación... Con finura, con suavidad, se le hace creer a la gente que se le va a dar algo por nada... Después llega el momento de operar... Ahora veréis..

Héctor se acercó a un vendedor de globos infantiles, cortó todos los hilos, y los globos ascendieron ante la curiosidad de los transeúntes, que pronto formaron grupos.

Entonces los rateros hicieron de las suyas, apoderándose, mal contados, de un par de docenas de relojes de bolsillo, seis alfileres de corbata, un paquete conteniendo la merienda de una modista, y un corsé de señora.

—¿Lo habéis visto, niños?—dijo Héctor a sus cómplices, después de la liquidación, un poco lejos de los perjudicados—. Vendadlo todo y llevadme el dinero a la taberna. Y no lo olvidéis: ante todo, finura, educación... Idos de prisa de aquí.

Los "vivos" partieron. Héctor también lo

iba a hacer, pero Conrado se le puso delante, amenazador.

—¡Pase!—pronunció en voz baja el jefe de la cuadrilla.

—Lo he visto todo... y podría mandar que lo prendieran. No lo haré si me escuchas con atención.

—Soy todo oídos.

—¿Quieres usted ganarse cinco mil dólares sin mover un dedo?

—¡Recorcho! ¡Cinco mil marchantes sin mover un dedo? ¡Hasta moviendo todo mi cuerpo, muy señor mío!

—Sígueme... y hablaremos.

* * *

Tomás y Honorato se presentaron al director del Hospital de Incurables.

—Doctor, usted que me lo recomendó, siempre ha sentido mucha simpatía por Honorato, ¿no es verdad?

—En efecto. A mi juicio, es uno de los mejores criados que conozco. Atento, servicial, correcto...

—Pues se lo cedo, señor.

—¿Qué dice usted, don Tomás?

—No le haga usted caso, señor doctor. Mi señorito está ennumerado y delira.

—Es sensible haber hecho por este muchacho todo lo humanamente posible para adaptarlo a mi gusto como secretario, sin conseguir otra cosa que ingratitud. ¡Bebe como una esponja!

—Sí. Ya me he dado cuenta del "perfume" que Honorato lleva encima.

—¡Si no he bebido nada, señor doctor!

—Le creo, Honorato. Pero de hoy en adelante beberá usted menos, aquí, en esta casa. ¿Qué me quedo aquí?

—Sí... pero no como enfermo. El señor Morgan, uno de mis clientes, necesita un asistente particular.

—¡Yo no quiero asistir a un enfermo! Usted no me abandonará aquí, ¿verdad, mi amo? ¿Verdad que usted quiere gastarle una broma a su fiel Honorato?

—¿Qué bromas ni qué ocho cuartos! ¿Se ha creído usted que yo soy su padre?

—¡Casi, casi, señor! Le considero a usted de mi familia.

—Afortunadamente no lo soy.

Por su lado, Conrado y Héctor llegaban a un acuerdo, para asegurarse el primero la fortuna de Morgan y ganarse el segundo cinco mil dólares: el tabernero se haría pasar por sobrino del enfermo.

Conrado preparó al viejo, para que recibiera a su buscado pariente, y, a poco, Héctor fué presentado.

—¡Aquí está su sobrino, señor Morgan! (Acuérdese, Héctor: es su tío y como a tal debe tratarlo).

—¡Tío de mi alma!... ¡Al fin te veo el petit!

El viejo se fijó en Héctor, y exclamó:

—¡Dios mío! ¿Con quién se casó mi her-

mana, para sacar ese hombrón con cara de bruto?).

—¿No te acuerdas de cuando jugábamos de chicos y le tirábamos bolas de pan al maestro?

El señor Morgan no sabía qué contestar, tanta era su sorpresa.

—¿Y aquellas barradas que hacíamos con las muchachas, cuando las cortábamos el pelo y las amarrábamos a los carros?

—(Piense que es su tío y no su hermano...)

—le advirtió Conrado a Héctor.

La mala impresión que al señor Morgan le causó su sobrino, nada podría ya hacerla desaparecer, y por eso se apresuró a decir a su secretario que se encargase de buscarle alojamiento a Héctor... pero lo más lejos posible.

Conrado, contentísimo, mandó a su cómplice a su taberna, quedando en avisarle siempre que el viejo Morgan le pidiera a su lado—lo cual procuraría él que no ocurriese.

Cuando aquéllos se hubieron marchado del cuarto de Morgan, entraron en el mismo un empleado del hospital y Honorato.

—El doctor Holden ha contratado a este hombre para que le sirva de asistente.

—Bien. Puede usted retirarse, y quédese usted, joven. A ver si nos entendemos.

Por mi parte, señor... (¿Qué le vamos a hacer! ¿Cómo he de verme por mi mala cabeza!).

—Haga el favor de vestirse antes de que entre alguno de esos verdugos a decirme que

estoy en las últimas... ¡Si no fuese por los malditos médicos, ya estaría curado y en la calle!

Mientras Honorato se resignaba a obedecer al señor Morgan, Gerardo y su prometida Isabel se entrevistaban con el director del hospital, a quien explicaron sus deseos.

—...Así, la señorita desea un marido que la deje viuda lo antes posible...

—Eso es, doctor; un marido de ocasión... porque el verdadero marido he de ser yo, ¿comprende?

—Falta que se encuentre a alguien lo suficientemente tonto para dejarse convencer. Hay que tener en cuenta que éste es un hospital de incurables, pero no un manicomio.

Es verdad, nuestra petición es algo extraordinaria... pero piense que en caso de una negativa, el hospital pierde un buen legado.

—Sí, lo sé...

—¿No ve usted la posibilidad de ayudarnos?

Hay entre mis clientes un viejo rico que no puede vivir mucho... Voy a proponérselo.

—Gracias, doctor. Mientras tanto, nosotros iremos a buscar la licencia y el pastor. En seguida estaremos de vuelta.

Tomás vio salir a los prometidos, y, reconociendo a Isabel, preguntó al doctor quién era, disponiéndose a seguirla.

—Es la señorita Isabel Ingram.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. ¿Le interesaría mucho saberlo?

—Más de lo que usted se figura. ¡Como que es la mujer con quien me voy a casar!

—Me parece que se equivoca usted. Esa señorita va a casarse con uno de mis pacientes. Hay por medio un legado que la obliga a ello.

—¡Esta sí que es buena!

—Venga usted, que voy a convencer a la "víctima". Ya verá hasta dónde llega mi poder de sugestión.

Vamos.

El señor Morgan no podía, ni remotamente, sospechar a lo que iban a su cuarto el doctor y Tomás.

—Usted no está enfermo, señor Morgan...— empezó por decirle el doctor.— Usted solamente ha perdido las ganas de vivir, porque sin duda la vida no le ofrece atractivos.

—¿Usted cree...?

—No le gustaría casarse?

—¿Cómo dice? No oigo muy bien...

—Si le gustaría casarse... Casarse con una señorita joven que lo cuidase y lo hiciese feliz... Sería para usted como una renovación de su juventud.

—¡Qué buen humor el suyo, doctor! Si se encontrara usted en mi lugar...

—Le hablo en serio. Precisamente, en el salón me está esperando una joven bella y discreta que desea un marido como usted.

—Pero ¿es posible?

—¡Palabra!

—¡Pues estoy asombrado! Y creo, doctor,

que cuando la ocasión se presenta, hay que cogerla por los pocos pelos que tenga.

—¿Entonces...?

—Sí, me casaré, y así mi fortuna irá a parar a buenas manos.

Tomás, que era un hombre de ideas muy atrevido, dió favorable acogida en su cerebro a un proyecto estupefacto.

—Yo soy el que va a hacer feliz a esa señorita—se dijo.

Y, dirigiéndose a Honorato, que no acertaba a comprender:

—Vaya a la peluquería más próxima y cómpreme un juego de peluca y barba igual que esa del viejo.

Honorato voló a cumplir el encargo, y a poco regresó.

—He comprado dos juegos, por si acaso uno se inutiliza.

En pocas palabras, Tomás hizo saber a su ex criado la que se proponía.

—Llévese al viejo de aquí—le ordenó luego.

Honorato obedeció a ciegas, y Tomás, transformándose, con el juego postizo, en el viejo Morgan, se sentó en el sillón que éste dejara libre al llevárselo el criado a otra habitación.

De vuelta, con un pastor, Isabel y Gerardo, se hicieron los preparativos para la celebración de la boda.

Diez minutos después, Isabel y Tomás (disfrazado de Morgan) se unían en santo vínculo, en presencia de Gerardo, el doctor y el fiel Honorato.

Antes de eso, Gerardo, que se las daba de medio médico, auscultó al pseudoenfermo, quien, gracias a un reloj potentísimo proporcionado por Honorato que era listo cuando convenía—, pudo hacer creer al vanidoso que los latidos de su corazón no eran latidos, sino golpes... presagio de una hecatombe cardíaca.



—Diez minutos después, Isabel y Tomás (disfrazado de Morgan) se unían en santo vínculo...

Después de casados, Isabel rogó al director del Hospital que le enviase a su marido a su casa por la ambulancia.

—Quiero—dijo la desposada por conveniencia, agradecida—hacer todo lo posible para re-

dear de felicidad sus últimos días.

Todo salió bien... hasta que se enredó la cosa.

El secretario del auténtico señor Morgan se enteró, con el consiguiente disgusto, de que su jefe se había casado y de que lo habían conducido a casa de su mujer.

—¡Esto es inaudito! ¡Quién lo había de de-



En casa de Isabel, Morgan (Tomás) fué instalado con todos los honores. (Fig. 23)

cir!—se exclamaba Conrado—. ¿Dónde vive... esa señora?

—He aquí sus señas.

El propio Morgan, cansado de esperar, se asomó a otra habitación, y, al verle, un empleado creyó soñar.

—¿Qué significa esto? ¿Cómo está usted aquí, si hace un momento que le ha visto subir a la ambulancia?

—¿A mí? No me he movido de esta habitación, porque estoy esperando mi boda... ¿No sabe usted cuándo se celebrará?

—No se celebrará... se ha celebrado ya.

—¿Cómo?

—Esto sí que es raro! ¿Se casa usted con una mujer muy bonita, y cinco minutos después ya no se acuerda de su fortuna!

—A ver... a ver... ¿Dónde vive "mi" mujer?

—(La felicidad le ha perturbado el juicio, pobre viejo!). Tome usted; éstas son sus señas.

* * *

En casa de Isabel, Morgan (Tomás) fué instalado con todos los honores.

Gerardo le compró varias tonterías, para demostrarle su simpatía (¡hay que ver qué simpatía!), entre otras un libro para aprender a bien morir.

Honorato no dejaba ni un minuto solo a su "envejecido" patrón. ¿A ver cómo acabaría aquella aventura!

Conrado, disgustado como no podía menos de suceder, fué, antes que todo, a visitar a Héctor, en la taberna de su propiedad, en donde hasta se daban lecciones de baile con "fi-folis".

—El viejo Morgan se ha suicidado—dijo, aparte, Conrado al tabernero.

—¡Curay! ¿Eso se llama portarse correcta-

mente! ...¿Dónde están mis cinco papeles de a mil?

—No me ha entendido usted. Quiero decir que se ha casado.

—¡Ah, eso no está ni medio bien! Si ese caballero no quiere morir por las buenas, olvidaré mi buena educación y le haré morir por



...en donde hasta se daban lecciones de baile con "finolis".

las malas.

Y siguieron hablando misteriosamente.

Morgan (Tomás), fumador impenitente, no tuvo más remedio, por falta de tabaco, que salir, sin que nadie lo viese, sin barba ni bigote, a comprarse una cajetilla en el primer estanco.

A su regreso, encontróse con Isabel a la puerta de la casa, y hubo de recurrir al recurso de hacerse pasar por sobrino de Morgan.

—Soy... soy Tomás... Tomás Morgan... Me dijeron que mi tío Juan se había casado con una mujer joven y bonita y que vivía en esta casa.

—Yo soy la esposa de Juan Morgan... y, por lo tanto, tía de usted.

—¡Ah! Supongo que un sobrino podrá saludar a su tía con la mayor efusión...

—No faltaba más.

Y Tomás la besó de buena gana...

Gerardo sintió en el alma conocer a un sobrino tan apuesto, y se prometía no dejarlo a solas con su tía Isabel.

Esta, a fin de que Morgan viese a su paciente, ordenó a Honorato que lo fuera a avisar a su habitación, para saber si quería recibirlo allí mismo o en el salón.

Honorato, que perdía el juicio, pues no sabía que su patrón gastase aquellas bromas de interpretar dos papeles a la vez sin avisarle, no se movió de sitio.

[Honorato! ¿Cómo se atreve a desobedecer a su señora? Avise a mi... tío.

Honorato hizo como si se marchara, pero todo era mirar a Tomás para saber lo que tenía que hacer.

Tomás, sentándose al lado de su bella "tía", le habló de amor, escuchándole ella con agrado.

Honorato, cautelosamente, tocó en un hom-

bro, con una mano, a su patrón, y éste, pensando que era de Isabel, acarició dicha mano. Al darse cuenta de su error, con rápidos signos Tomás indicó a Honorato que se pusiera el segundo juego de barba y bigote y le supliere por unos momentos en el papel de Morgan.



Honorato, cautelosamente, tocó en un hombre, con una mano, a su patrón...

Así lo hizo Honorato, aprovechándose con Isabel, su "mujer" de broma, tanto, que Tomás hubo de gritarle el alto con un buen tirón de orejas.

A todo esto llegó Conrado a ponerse a las

órdenes de su jefe. Como los demás, el secretario no vió el engaño.

—¿Quién es este señor?—preguntó Isabel.

Y Conrado mismo, sacando providencialmente del apuro a Morgan (Honorato) y a Tomás, respondió:

—Soy desde hace mucho tiempo el secre-



Así lo hizo Honorato, aprovechándose con Isabel...

tario del señor Morgan.

Honorato, que consideraba su pellejo en peligro, pidió que lo trasladasen a la terraza, para respirar mejor.

Se le complació, y mientras la "tía" Isabel y el "sobrino" Tomás flirteaban de lo lindo,

Conrado, haciéndose indicar la habitación de su jefe, entraba en ella y vertía en un vaso de agua un poderoso narcótico.

Gerardo, que iba a lo mismo a dicha habitación, para acabar antes con el viejo, vió lo que hizo Conrado, y le exigió la verdad.

—¿Qué ha echado usted ahí?

—Es una medicina... una medicina que tenemos que darle sin que lo sepa él, pues de otro modo no la tomaría.

—¿Qué? ¿Veneno! ¿Quería usted matar a ese pobre viejo... matarlo en la flor de la vida! ¡Confiese!

—Pues, le diré... ¡Sí!

—Magnífico. Piensa lo mismo que usted, y podemos repartirnos el trabajo.

También el tabernero se unió a Conrado y Gerardo, con ansia de matar para cobrar antes.

Desde aquel momento empezó una persecución continua al pobre viejo que se había casado con Isabel, y ese viejo ora era Honorato, ora Tomás.

Pronto vieron éstos el peligro que corrían y no durmieron.

Por si él hacía falta en todo aquel lío, el verdadero Morgan se presentó en la casa de Isabel, desconcertando a los criminales, pues cuando dejaron sin sentido, de un golpe en la cabeza, a Morgan (Honorato), surgió por otro lado Morgan (Tomás) y por otro Morgan (Morgan).

—¡Ese hombre tiene siete vidas, como los

gatos!—exclamó Héctor, decidido a recurrir a otro procedimiento para aniquilar al viejo, a su criado y a su sobrino.

Telefonó a Carta Ancha, su socio en el negocio de la taberna, que le mandasen ayuda.

—Dígale a ese Luck que usted conoce, que mande un bote al pie de la roca que hay detrás de la casa de los Ingram. Le daré los tres hombres que le faltan para completar su tripulación. Además, vengan ustedes, todos los que puedan, aquí. Hay trabajo.

Los cómplices de Héctor acataron su orden, y al llegar a casa de Isabel se entabló una lucha tremenda.

Tomás pudo convencerse del interés que sentía por él su "tía" Isabel, y no deseaba otra cosa que recuperar su libertad para hablarle claro y adueñarse de su corazón para toda la vida.

Por su parte, aunque con mucho miedo, Honorato logró encerrar en una misma habitación a Héctor, Conrado y Gerardo, los tres bribones.

Héctor, muy fino, muy educado, creyó que Conrado y Gerardo le habían tomado el pelo, y fué por poco que no los mató.

Después, gritando como un loco, llamó al cuerpo de bomberos, al de policía, y varios cuerpos más, en su ayuda.

Cuando intervino la "poli" en el zafarrancho, Honorato, con mucha precaución, dijo, uno a uno, a los tres miserables que encerrara juntos.

—Venga usted. Conozco un camino para salir de aquí.

—Gracias, amigo.

—Tengo interés en salvarle, señor. Hay en esta casa una puertecilla secreta que le conducirá a la libertad.

—Se agradece.



Tomás pudo convencerse del interés que sentía por él su "tía" Isabel...

Haga el favor de seguirme, y huirá de la quema.

Y uno a uno, Héctor, Gerardo y Conrado, fueron arrojados a la playa, desde una puertecilla que, en lo alto de la casa, daba al vacío.

La policía lo arregló todo llevándose a los

cómplices de Héctor y dejando en paz a los buenos.

Morgan (Morgan), para no volverse loco, se marchó de aquella casa, para no volver más, y así Tomás tuvo la inmensa dicha de hablar a solas con Isabel, su mujer, que se lo perdonaba todo con tal de ser amada por él.



Héctor, muy fino, muy educado, creyó que Conrado y Gerardo le habían tomado el pelo...

Honorata, sospechando del cocinero chino de Isabel, también quiso arrojarle a la playa, como los otros, para que, como éstos, fuera recogido por Luck y obligado a trabajar en su barco; pero el chino no se dejó engañar como

a tal, sino que cuando Honorato se disponía a empujarlo hacia el vacío, lo empujó a él.

Honorato se hundió de cabeza en la arena, pero no se hizo nada. Además de resultar ileso, se encontró una caja de "whisky" del bueno, probablemente arrojada a la playa por un temporal.

Y, coincidiendo con los primeros besos de amor de Isabel y Tomás, Honorato se "perfundaba" el gurgate.

¡Que aproveche!

FIN



Revisada por la censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

LA FINISIMA NOVELA

Los excavadores del infierno

PROTAGONISTAS:

LOIS WILSON
WALLACE REID

MUY BUEN ASUNTO

40 Páginas

10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

POSTAL - REGALO

LIVIO PAVANELLI

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos ofrecidos a precios corrien-
tes de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbata, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

NUMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Reyes y Santa Anna	El Joven Melchor
2	Los dos reyes	El Príncipe de Zaida
3	Verónica	La Señal
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los escuadros de la mujer
5	Los sucesos de las banderas rojas	Vividos imperiales
6	Barba, El Negro	Mary McDuff
7	En poder del enemigo	Thomas Kingston
8	El héroe	Reid Dunlop
9	Gerardo, el traidor	Angela Mac Lane
10	Por la puerta de servicio	El Sol Charlan
11	Mamantón	Charles Key
12	El indomado	Robert Martin
13	Como sacó las mujeres	Bernie Roberts (Fathy)
14	La fuga de la cárcel	Earl Bennett
15	Por dentro y por fuera	William Bell
16	Jaqueo del destino	Louise Lawrence
17	El niño perdido	William L. Hart
18	Los Mandamientos (Epoca)	Mary Miles Miller
19	La Florida y el mundo	Doris Farnham
20	El Crimen del Milagro	Bernie Lane
21	La escuela invisible	Rebecca Thorne
22	El secreto profesional	Robert Howard
23	Se casó y se murió	Robert Rowland
24	El niño de la calle	Lee Wilson
25	El niño del amor traidor	Rebecca Thorne
26	El detective	Peter Walter (Pete Wilson)
27	El mundo del niño	William Farnham
28	Barba (Epoca)	Dorothy Miller
29	El niño del mundo	George Hall
30	El niño de la calle	Agnes Ayres
31	El niño de la calle	James Farnham
32	Se casó y se murió	Elizabeth Talmadge
33	La Madona	Robert Valentine
34	La Magdalena traidora	Shirley Mason
35	Barba de ciudad	A. Warren Hargrave
36	La Florida de uno, entrada de dos	Franklin Farnham
37	La Florida de uno, entrada de dos (Epoca)	Frank Hall
38	El niño de la calle	Pete Miller
39	La Florida de uno, entrada de dos	John Cooke
40	La Florida de uno, entrada de dos	Mary Carr
41	El niño de la calle	Vernon Hargrave
42	Los sucesos de la Florida	William Bell
43	Por dentro y por fuera	Alberto Capaci
44	El niño de la calle	Earl Bennett
45	Los sucesos de la Florida	Tom Miller
46	La Florida de uno, entrada de dos	Rebecca Thorne
47	La Florida de uno, entrada de dos	Mary Carr (Cayman)
48	Los sucesos de la Florida	Rebecca Thorne
49	La Florida de uno, entrada de dos	Larry Simon (Tomson)
50	Por dentro y por fuera	Lois Lane
51	La Florida de uno, entrada de dos	Charles Key
52	La Florida de uno, entrada de dos	John Cooke
53	La Florida de uno, entrada de dos	Alberto Capaci
54	La Florida de uno, entrada de dos	Rebecca Thorne
55	La Florida de uno, entrada de dos	John Cooke
56	La Florida de uno, entrada de dos	Rebecca Thorne
57	La Florida de uno, entrada de dos	Rebecca Thorne
58	La Florida de uno, entrada de dos	Rebecca Thorne

¿Ha comprado usted ya el séptimo volumen de la

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

LA CANCIÓN DE LA HUÉRFANA?

Último libro de nuestra popular BIBLIOTECA FEMENINA

Portada a tricromía 112 páginas
Profusión de fotografías - Precio 1 pta.

Lea V. esta novela y la releerá

¡ÉXITO! ¡ÉXITO! ¡ÉXITO!

Recuerde los números anteriormente publicados:

La Mendiga de San Sulpicio

La Madona de las Rosas

Los Diez Mandamientos

Honrarás a tu madre

La Novela de una Obrera

El hijo del mercado

En interés de usted,
lector, le recomenda-
mos de nuevo la
adquisición de

LA CANCION
— DE LA —
HUERFANA



W



210.2.